

CAPÍTULO VIII.

Esceso en la infelicidad social en los siglos pasados.

Los ejercicios guerreros, de que se ha hablado en el capítulo III, á mas de ser un entretenimiento para los momentos de ocio y un medio de rapiña, eran escitados por la necesidad. En efecto, en el estado de barbarie, cuando el gobierno no está organizado, el individuo no puede esperar proteccion sino de sí mismo. No hay tribunal á quien poder ocurrir para la reparacion de los daños causados; no hay fuerza pública que lo defienda de los asaltos de otro. Obligado á recurrir al propio brazo para repeler ó castigar, debe ejercitarlo constantemente para no ser sobrepujado.

Mas como la agresion á que queda sujeto, es casi siempre mayor que la defensa que puede oponerle; y como es siempre posible que sea sorprendido de improviso, así cuando vela como cuando duerme; por esto se encuentra y debe encontrarse en un estado habitual de temor. Esto solo basta para desmentir aquella felicidad que Rousseau y Raynal envidian al salvaje.

Quando han crecido las sociedades, sin que haya

nacido en ellas el gobierno, el individuo que no puede conseguir por sí mismo una completa venganza, empeña á sus amigos á que se le unan; así se forman confederaciones particulares para el ataque y la defensa, y los miembros que las componen, se encuentran animados de las mismas pasiones.

En este estado de cosas el castigo jamás es proporcionado al delito. Los hombres enfurecidos por la rabia, y jueces en causa propia, no conocen ni la piedad ni la justicia. El resentimiento que confunde las personas y las cosas, venga sobre el hijo las faltas del padre, insulta á la esposa, no pudiendo ofender al marido, mata al hermano porque el otro hermano se ha escapado de entre las manos. Se forman así odios atroces, que dividen las familias, que se trasmiten de padres á hijos, y que no se extinguen sino en la sangre.

Tal fué poco mas ó menos el estado de la Europa del siglo V al IX. "Figúrese á cada uno armado siempre en defensa ú ofensa, errando acá y allá, quién en conquistar lo suyo ó lo ageno, quién en proveerse de lo necesario, quién en buscar ser vicio en la guerra, quién en asaltar castillos y quién en defenderlos, procurando cada uno fabricarlos ó poseerlos para estar mas seguro y mas fuerte, por lo que vemos todavía hoy los restos de muchos sobre las cimas de los montes y cuyas fortalezas se aumentaron despues con las guerras civiles." (Betinelli.)

Las cosas no podían ser de otra suerte, luego que los bárbaros del Norte vinieron á destruir el imperio occidental en el siglo V. En unas partes los propietarios tuvieron que ceder un tercio de sus bienes y en otras dos á sus nuevos huéspedes. El incendio de la guerra destruyó los archivos en que se guardaban las razones de los privados; la ignorancia no supo mantener los registros administrativos á que se oponía el desórden general; de aquí fué que en tiempos en que nadie sabía leer ni escribir, todos los derechos reales ó personales estuvieron vacilantes y en consecuencia mil controversias dividieron las familias.

Esas controversias, en fuerza de los usos introducidos por los bárbaros, eran decididas con espada en mano; por esto los ciudadanos, si puede emplearse este nombre hablando de aquellos tiempos, los ciudadanos se encontraron entre la pérdida de todo derecho civil y la pérdida de la vida.

De un lado todos los delitos eran castigados con penas pecuniarias, y por esto el rico jamás era delincuente; y de otro las iglesias ofrecían asilo á los mas perversos, y por esto ninguno podía ser castigado. La propiedad, la vida, el honor, no hallando salvacion en los tribunales, debieron ser las venganzas privadas, feroces é inestinguibles.

A este estado de cosas, que como se ha dicho, duró del siglo V al XI, añádanse las guerras, que en las primeras épocas se hicieron los bárbaros, para

arrebatarse alternativamente sus conquistas; el orgullo de los conquistadores contra los vencidos; las mayores penas contra los delitos de los conquistados; la preferencia dada en los empleos á los dominadores; las habitudes de la antecedente civilizacion reducidas á las habitudes de la barbarie; *toda la administracion civil modelada por las formas militares*; en suma, no podia resultar de la anarquía y de la violencia sino un estado de confusion y miseria. Los obispos reunidos en Maguncia en 888, dicen: *Por todas partes estamos rodeados de ladrones y malvados que matan á los pobres, roban á los ricos, y no temen ni á Dios ni á los hombres.*

En tal estado de cosas, se encendió en el siglo XI la feroz guerra de las investiduras entre los papas y los emperadores de Alemania, y por cerca de medio siglo llenó la Italia de estragos, las conciencias de terror y las familias de odios; y siguiendo unos el partido del pontífice y otros el del emperador, eran escomulgados si cedían á la fuerza, ú oprimidos por ésta si cedían á las excomuniones. Hordas de bárbaros entraron al Capitolio, huían las poblaciones á su presencia, y cerrábanse las oficinas para sustraerse de sus latrocinios.

En medio de estas discordias se animan los partidos en las repúblicas italianas del siglo XI al XV. Una porcion de ciudadanos arroja y proscribe á la otra de las ciudades, para dominar en los consejos.

Confiscanse los bienes de los desterrados; las relaciones de familia se convierten en títulos de delito; la venganza se ejerce sobre el inocente como sobre el reo; pero siempre continuando los odios hereditarios.

Los proscritos vagan errantes por la Italia, mendigando ausilios y fuerza para volver á su país: se vende la patria á los príncipes estrangeros con el pretexto de hacerla libre. Las magistraturas se cambian tres ó cuatro veces por año, y el pueblo se amotina en las plazas en vez de trabajar en los talleres y oficinas.

Aquellas repúblicas, *no contentas con ser libres, quieren dominar*, y buscan pretextos para subyugarse recíprocamente. Las ciudades se abandonan á un odio recíproco tanto mas violento, cuanto son mas vecinas y ricas; y de aquí incesantes guerras. Su historia política se reduce á *contiendas en la plaza entre los ciudadanos, y á contiendas fuera de sus muros con los estrangeros*.

Los partidos civiles fueron escacerbados por los partidos religiosos, que comenzaron en el siglo XII. En el XIV y al principio del XV, el gran cisma dividió toda la Europa en facciones encarnizadas por cerca de cincuenta años. Los papas contendientes por el pontificado, se escomulgan mutuamente; los estados se arman ya en defensa del uno, ya del otro; y los cristianos se matan con furor implacable. Las costumbres del clero se corrom-

pen mas y mas sin velo de pudor; perplejidades mortales atormentan las conciencias timoratas, inciertas de á cuál pontífice deban obedecer. A vista de tantos escándalos, muchos abjurán la religion.

Ecsaltados los ánimos por los partidos civiles y religiosos, se desarrolló una sanguinaria ferocidad tanto en las reyertas privadas como en las guerras públicas. Baste decir que en los siglos XIV y XV, aquella ferocidad se comunicó hasta al bello seco, y muchas mugeres ejercieron el oficio del soldado, y se presentaron á los asaltos de las fortalezas.

Desde el siglo V al XVII, los campos sobre todo y los pequeños pueblos, gimieron bajo la tiranía de los feudatarios ó de los pequeños nobles, que, usurpando una parte del poder de los príncipes, vivían atrincherados en sus castillos.

Ocio y crápula traen consigo la corrupcion; pues á ocio y crápula se abandonaban los feudatarios en sus castillos, como á ellos se abandonó Tiberio en Caprea; las mugeres que no cedían á la seducción, debían ceder á la fuerza: ninguna autoridad acertaba á librarlas de las garras de sus raptos.

El prurito de comparecer en los torneos y en la corte de los príncipes, fué causa de que cada feudatario quisiera eclipsar á otro con la ostencion de los vestidos y de los caballos; y no pudiendo aumentar sus medios pecuniarios con una honesta industria, que no conocía ó despreciaba, se los procuró por medio de rapiñas; saqueó á los vecinos, despojó á

los vasallos, se hizo salteador de caminos, y pudo serlo impunemente, puesto que la autoridad soberana carecia de fuerza para reprimirlo. Para salvar un hermoso campo fué preciso donarlo real ó fingidamente á una iglesia, é invocar el patrocinio de un santo acreditado contra las agresiones de un tirano feroz.

Entre los privilegios feudales, ninguno acomodaba tanto á aquellos señores, como el de hacerse dar razon con su espada; de aquí es que entre gente grosera, orgullosa y feroz, las guerras eran continuas y se estendian fuera del territorio de los dos contendientes, puesto que todos los parientes hasta el cuarto grado se encontraban envueltos en la contienda. Y cuando las hostilidades cesaban, una inquietud desoladora paralizaba siempre la industria y el comercio, pudiendo cada dia volverse á presentar súbitamente el fatal azote de la guerra.

La crueldad está en razon de la debilidad; debian así ser muy crueles tantos pequeños feudatarios. La crónica de Sajonia dice de los feudatarios ingleses del siglo undécimo: "Atormentaban demasiado al pobre pueblo para la construccion de los castillos, y cuando estaban construidos los llenaban de servidores inicuos y facinerosos, ó mas bien de demonios, los cuales se apoderaban de los hombres y las mugeres que suponian tener dinero, los aherrojaban en las prisiones y les hacian sufrir lo que ni los mismos mártires sufrieron: algunos eran

"sofocados en el fango, á otros los colgaban por la cabeza, por un pié, por los pulgares, y prendian fuego debajo; comprimian la cabeza de otros con cuerdas llenas de nudos, hasta que estos penetraban al cerebro, mientras que á los demás los metian en toneles llenos de reptiles y sapos. . . ." Seria inútil barbarie atormentar el ánimo de los lectores con el resto de la descripcion.

No eran diversas las costumbres de los feudatarios de Italia. Bettinelli, hablando de ellos, dice: "Cierto es que á mas de los daños públicos de las ciudades guerreadoras, dominaba entre aquellos capitanes juntamente que tiranos de ellas, una rabia ferina, por la que no satisfechos con los robos y violencias, en lo que se confundian con los ladrones, anhelaban por sangre y bárbaras carnicerías. Matarse á traicion con fierro ó veneno, era cosa de poco. Conservaban la vida mas cruelmente, arrojando en jaulas de fierro á los prisioneros: los encerraban vivos en pozos y en hornos fabricados studiosamente para el tormento, de los cuales he visto restos en Monza, donde los Visconti y sus enemigos alternativamente perecieron de hambre, de rabia y de gusanos, en medio de la humedad, las tinieblas y el horror. Se recuerda en Como aquella fortaleza llamada el *Baradello*, y muy mentada por Giovio en las vidas de los Visconti, donde los Torrianos, señores de Milan, habian hecho preparar para sus enemigos, jaulo-

“nes de vigas y fierro en que eran echados, carga-
 “dos de cadenas, á podrirse por años, donde sus
 “uñas, barba y cabello crecian entre mil inmundi-
 “cias, y morian allí de pena y putrefaccion. Los
 “fabricadores Torrianos, vencidos por sus enemi-
 “gos, probaron los mismos tratamientos. Verdad
 “es que entre las almas mas atroces, detesta la his-
 “toria á Gabino Fóndulo, señor de Cremona; á
 “Facino Cane, señor de Pavia y Alejandría; á Ez-
 “zelin de Romano, señor de Padúa, y á Juan Ma-
 “ría Visconti, que por gusto hacia despedazar por
 “perros enseñados, á los hombres vivos, á vista su-
 “ya y de otros monstruos semejantes. Mas por
 “desgracia eran muy poco mas piadosos el señor de
 “Lodi, el de Crema y el de Como y tantos otros do-
 “minadores de ciudades. Y si entre ellos se trata-
 “ban de tal suerte, considérese cuáles serian los
 “destrozos que harian con los miserables súbditos
 “y ciudadanos, y cuál el gobierno de su respectiva
 “patria.”

Aunque los aumentos progresivos de la autoridad de los príncipes hubiesen opuesto crecientes obstáculos á las vejaciones de los feudatarios, no obstante en el siglo XVII subsistian todavía muchas huellas de la superchería feudal, así en las ciudades como en los pueblos; de lo que dan testimonio varios estatutos de policia, *contra los actos tiránicos*, segun las palabras que ellos empleaban.

Del siglo nono al décimocuarto, las agresiones

son la gangrena general que corroe la Europa. El poder decreciente de los príncipes, las progresivas ocupaciones de los feudatarios y sus recíprocas guerras, nulificaron de un lado la sobrevigilancia pública, y de otro aumentaron la masa de los agresores con las reliquias de los ejércitos disueltos.

Segun refiere Lupo, abate de Ferriers en el siglo nono, los caminos principales estaban infestados de malhechores en tal grado, que los viajantes se veian precisados á reunirse en caravanas para contar con alguna seguridad.

La frecuencia del delito destruye la opinion pública que debiera condenarlo; por esto los jueces inferiores, llamados centuriones, estaban obligados á jurar que ni cometerian hurtos ni prestarian proteccion á los agresores. En tal disposicion se multiplicaron esos delitos y se cometieron con tal audacia, que la autoridad civil no tuvo fuerzas bastantes para reprimirlos; se imploró de aquí el socorro de la jurisdiccion eclesiástica, se tuvieron concilios con gran solemnidad, adonde trasladados cuerpos de santos, se fulminaron en su presencia anatemas contra los ladrones y los perturbadores del reposo público.

En el siglo undécimo los bosques de Inglaterra rebosaban en tantos y tan terribles agresores, que los habitantes de los campos vecinos habian inventado una oracion particular contra los ladrones, que rezaban todas las noches al cerrar las ventanas.

Las compañías de agresores hallaban protección en los barones, que, receptándolos en sus castillos, los sustraían á la justicia, con el pacto de partir con ellos el producto de sus robos. Bajo el reinado del débil Enrique III, rey de Inglaterra á principios del siglo XIII, todos los fuertes y castillos pertenecientes á los principales de la nobleza eran otros tantos nidos de agresores. El condado de Hampshire contenía un tan grande número, que los jueces no podían encontrar jurados que se atreviesen á declararlos delincuentes. El rey se quejó de haber sido insultado y despojado, pasando por aquel terrible condado; pero se descubrió despues que muchos de aquellos nobles que componían la casa real, pertenecían á la sociedad de esos malhechores.

Aunque Odoardo I tuviese con mano mas firme las riendas de la administracion, no obstante bajo su reinado una tropa de agresores, asaltó en 1285 la ciudad de Boston durante la feria, y recogió allí un inmenso botin. Su gefe Roberto Camberland, noble rico y poderoso, fué aprendido, juzgado y ajusticiado; pero sin lograr de él que descubriese el nombre de uno solo de sus cómplices.

Estos unían la ferocidad á la impudencia. Uno de sus gefes habia hecho bordar en su vestido con letras de plata la siguiente inscripcion: *Yo soy el capitán Warner, comandante en gefe de una tropa de ladrones, enemigo de Dios, sin piedad y sin misericordia.* Es preciso convenir que nues-

tros agresores son menos descarados y menos irreligiosos.

Fácil es de presumir, que asesinos que osaban atacar á los reyes, cardenales, prelados y condes acompañados de un numeroso séquito, y que asaltaban ciudades muy populosas, debían ser formidables á los viandantes comunes y á los habitantes de los campos, y los hechos demasiado confirman esta presuncion.

El latrocinio se hizo tan de moda, que veintidos mil ladrones y agresores fueron castigados de muerte en Inglaterra bajo el reinado de Enrique VIII, á principios del siglo XVI (*).

“Otro género de asesinos y ladrones poderosos, dice Bettinelli, se vió despues de 1350, que tenían el título de *compañías de soldados*, esto es, pequeños ejércitos sin ley ni disciplina, infames por toda clase de maldades. Conducidos por capitanes, no tenían otra paga que la libertad de invadirlo y saquearlo todo, y cuando menos imponían contribuciones eshorbitantes á aquellas tierras, ciudades y provincias que querían salvarse del saqueo. Toda la Italia fué recorrida por estos humanos un largo espacio de años, siendo por todas partes talada, despojada, quemada y oprimida sin piedad.”

A la suma de males tan extraordinaria que se ha indicado, es preciso agregar las frecuentes pestes

(*). Henry. Hist. d'Angleterre, t. 6.

que desolaron la Europa años atrás. Durante la república romana, el periodo medio entre una y otra peste fué calculado el de veintiun años. Desde Augusto hasta mil seiscientos ochenta de la era cristiana, se cuentan noventa y siete repeticiones de enfermedades pestilenciales: su periodo medio fué, pues, de 17 años.

El tiempo mas fecundo en calamidades, se observa en la historia de Europa, entre 1060 y 1480, tiempo en que se cuentan treinta y dos pestes terribles y destructoras: su intervalo medio se reduce, pues, á 12 años.

En solo el siglo XIV, en que las enfermedades y desventuras de todo género llegaron á su colmo, la Europa fué devastada catorce veces por una peste horrenda y casi universal; lo que reduce el intervalo medio á 7 años.

Las reclamaciones de la filosofía y los esfuerzos de los príncipes, han conseguido alejar la peste de la mayor parte de la Europa, para relegarla al Oriente y á las costas de América, donde bajo la custodia de la ignorancia, indolencia y supersticion se conserva y reproduce.

La lepra, introducida acaso por los bárbaros en Italia en el siglo VII, fué estendiéndose continuamente en los siguientes. Las cruzadas, dice Sprengel, redujeron aquella enfermedad, por decir así, á *constitucion secular*, combinando la lepra oriental con la occidental. Esta enfermedad se propagó en

términos, que en el siglo XIII sola la Francia contaba dos mil hospitales de leprosos, y toda la Europa diez y nueve mil.

“Despues de las cruzadas, continúa el mismo autor, aparecieron otras muchas enfermedades de índole impura. Trato de hablar aquí especialmente de las afecciones morbosas á las partes genitales, que yo atribuyo á la disolucion acrecida entonces grandemente.”

En el siglo XVI la Alemania hervia en leprosos. A estos males efectivos es menester agregar los imaginarios, mas fuertes y mas frecuentes que los reales.

El hombre, sér débil y como tal medroso, teme todo lo que no conoce y todo lo que cree superior á sus fuerzas. *Los temores están, pues, en razon de la ignorancia*, como las caidas en razon de la debilidad. La filosofía nos ha librado de mil espectros, que asaltaban continuamente el espíritu de nuestros mayores. No teniendo ellos ninguna idea de fisica, atribuian á la intervencion del demonio los efectos mas naturales, y temblaban. Un ruido nocturno producido por las alternativas de humedad y resequedad en los muebles, debia de ser el grito de un alma en el purgatorio, y temblaban. La enfermedad de un niño, de un buey, de una oveja, era efecto de una hechicería, y temblaban. Un charlatan predecia cercano el fin del mundo; y nuestros mayores al momento lo creian, y temblaban (*).

(*) Placencia fué puesta en la mayor confusion y trastorno

Lo peor es que, de un lado siendo atribuidos al demonio los males mas comunes, se omitian los remedios para libertarse de ellos; y de otro suponiendo ejecutores de estas órdenes del diablo á personas á quienes se aplicaban los nombres de magos, hechiceros y brujos, se sujetaban á las penas mas atroces. Todos los códigos de los siglos pasados ha-

por uno que afirmaba haber nacido el Anticristo hacia tres años en Babilonia; al rededor de la ciudad, resonó el aire por cerca de 200 millas con el grito de *Nunc finis est mundi*, y citaba cartas venidas de Asia á Venecia, Milan y Génova. Fué necesario que el obispo predicase en contrario para calmar al pueblo.—En 1456 otro de la misma ciudad, con aire de penitente, larga barba y piés desnudos, predicó la venida de Cristo á juzgar, lo mas tarde para el año de 1460, citando el Apocalipsis y á S. Vicente Ferrer, que estaba acabado de canonizar, y celebrándose su canonizacion en aquel año, su autoridad parecia muy respetable. Predicó muchos dias, y para confirmación predecia que en breve seria creado un falso papa, y que vendria el Anticristo, &c.—Otro, llamado Juan Rocco, predicó en Placencia en 1454, que el fin del mundo se verificaria en 1501. Verdad es que entre nosotros se publicó una obra en Méxicó el año de 1834 á 835, si mal no me acuerdo, con la aprobacion del ordinario, en que se anunciaba el mismo fin, si la memoria no falta, para el próximo año de 43; y todo esto muy bien probado con autoridades de la Escritura y Santos Padres; pero hoy estas predicciones solo provocan la risa hasta del vulgo, y sus autores son señalados con el dedo como enfermos delirantes. De esto parece que puede deducirse, que no creer actualmente en semejantes predicciones es prueba de mejores costumbres, como puede verse por el capítulo V de este artículo. En suma, nuestros padres creian mas fácilmente en una general venganza del cielo, porque estaban mas persuadidos de sus delitos; ordinariamente los mas delinquentes son los que mas temen.

blan de maleficios, esto es, de delitos imaginarios de que no es posible formarse una idea. Hasta fin del siglo XVI, en algunas partes, y del XVII en otras, era comun la persuasion de que las llamadas brujas, suscitaban los temporales y procuraban otros trastornos en la naturaleza, y de aquí es que á las notadas de esa mágia, las quemaban, segun consta de los procesos varios formados á algunas miserables viejas, como se verificó en Berlin contra dos de ellas, que fueron quemadas en 1583, y el piadoso Santo Oficio repitió otras veces.

Los desórdenes que desgarraron el seno de la Iglesia en el siglo XIV y á principios del XV, de que ya se ha hablado, fueron causa de que muchos abandonasen en Alemania las opiniones dominantes en Italia. ¿Qué hizo Inocencio VIII? Publicó la severísima bula de 1584 contra las diabluras. En fuerza de ella, en solo el Electorado de Treveris, fueron sentenciados en pocos años 6500 individuos acusados de brujería (*): dígase á proporcion lo mismo de los otros estados, y niéguese que el hombre ignorante cual sale de manos de la naturaleza, no sea una máquina esencialmente destructora.

(*) Sprengel, tomo 6.—Para probar cuán estendidas y fuertes eran las erróneas opiniones relativas á la brujería, basta decir que Lutero y Melancton, teólogos tan estimados por sus sectarios, y que lograron arrastrar á su partido á una porcion tan grande del mundo cristiano, creian en las brujas en el siglo XVI.